

CAPITULO LVII

*En el que se disuelve definitivamente el club de los Pickwickianos, y terminan todas las cosas á satisfacción de todo el mundo.*

Durante una semana después de la llegada de mister Winkle á Birmingham, Mr. Pickwick y Sam Weller se ausentaban del hotel durante todo el día, sin que se les viera más que á la hora de comer y notándose sólo que se daban el uno y el otro un aire de misterio y aún de importancia muy ageno á su carácter. Era evidente que se preparaba algún acontecimiento notable; pero todos se perdían en conjeturas acerca de lo que podía ser. Algunos, entre los cuales se encontraba Mr. Tupman, se sentían inclinados á pensar que Mr. Pickwick proyectaba alguna alianza matrimonial, pero las señoras rechazaban como imposible esta idea. Otros pensaban más bien que tenía en proyecto alguna expedición lejana y estaba arreglando sus preparativos; pero esta opinión había sido desautorizada por el mismo Sam, que acosado á preguntas por María, había asegurado solemnemente que no se trataba de emprender nuevos viajes. Por fin, y después de haberse puesto á torturar los cerebros de toda la sociedad durante seis días, se decidió unánimemente que Mr. Pickwick sería invitado á dar una explicación de su conducta y á declarar de una manera franca y terminante cuál era la causa por que privaba de su compañía á unos amigos que debía constarle se hallaban llenos de admiración por su persona.

Con este objeto invitó Mr. Wardle á todo el mundo á comer en el *Hotel de la Adelfa*, y después que el vino de Burdeos hubo dado la vuelta á la mesa por dos veces, entró gravemente en materia en los términos que siguen:

—Mi querido Pickwick, estamos muy inquietos deseando saber en qué hemos podido ofenderos para que nos abandonéis así, consagrando todo vuestro tiempo á esos paseos solitarios á que os habéis dedicado hace algunos días.

—¡Qué cosa tan singular! — exclamó Mr. Pickwick; —precisamente tenía intención de daros cuenta hoy mismo por completo de ello; así es que si queréis servirme otro vasito de vino, satisfaré inmediatamente vuestra curiosidad.

La botella de vino de Burdeos pasó de mano en mano con una rapidez extraordinaria, y Mr. Pickwick, contemplando con una sonrisa gozosa á todos sus amigos, dijo al fin:

—Todos los cambios que han ocurrido entre nosotros, esto es, el matrimonio que se ha verificado y el matrimonio que va á llevarse á efecto con las consecuencias que envuelven, han hecho necesario para mí que piense seriamente y que arregle mis proyectos para el porvenir. He decidido retirarme á los alrededores de Londres; á un lugar alegre y tranquilo. He visto una casita que me conviene, y la he comprado y amueblado. Ya está dispuesta para recibirme y espero establecerme en ella de seguida. Cuento, por supuesto, con que podré pasar todavía muchos años dichosos en tan pacífico retiro, y que podré regocijarme durante el resto de mis días con la sociedad de mis amigos, y que me seguirán después de mi muerte sus afectuosos recuerdos.

Mr. Pickwick se detuvo al llegar aquí, y pudo oírse en torno de la mesa un murmullo dulce y triste.

—La casa que he escogido—continuó nuestro héroe—se halla en Dulwich, en una de las situaciones mas agradables que pueden encontrarse en los alrededores de Londres; tiene un gran jardín, y las habitaciones están arregladas de manera que no falta en ellas ninguna de las comodidades necesarias á la vida; hasta se puede asegurar que no está desprovista de elegancia, como podréis juzgar por vosotros mismos. Sam me acompañará allí, y he ajustado además, bajo los auspicios y siguiendo el parecer de Perker, un ama de gobierno, un ama bastante vieja, y los demás criados que el mismo Perker ha considerado necesarios. Me propongo consagrar este modesto retiro, haciendo que se celebre en él una ceremonia por la que tomo el mas grande interés; deseo, si mi amigo Wardle no se opone á ello, que la boda de su hija se celebre en esta nueva morada el día en que tome posesión de ella.

—La felicidad de las personas jóvenes—añadió mister Pickwick un poco conmovido—ha sido el mayor placer de mi vida, y mi corazón se rejuvenecerá cuando vea, bajo mi mismo techo, completarse la dicha de unos amigos que me son tan singularmente queridos.

Mr. Pickwick se detuvo nuevamente. Arabella y Emilia sollozaban.

—Me he comunicado personalmente y por escrito con el club—continuó el filósofo—le he hecho conocedor de mis proyectos. Durante nuestra larga ausencia os he visto divididos por disensiones intestinas; mi retirada, unida á otras circunstancias, ha provocado su definitiva disolución. El *Club Pickwickiano* ha dejado ya de existir.

Por mas frívolas que hayan podido parecer mis investigaciones á ciertas gentes—continuó Mr. Pickwick con entonación solemne—no me arrepentiré jamás de haber dedicado dos años de mi vida á la investigación de las diferentes variedades de caracteres de la especie humana. Habiendo consagrado toda mi vida á los negocios positivos y á la persecución de la fortuna, esto me ha servido para ver abrirse delante de mí numerosos puntos de vista de que no tenía la menor idea, y que, lo espero, han ensanchado mi inteligencia y perfeccionado mi espíritu. Si el bien que he podido hacer ha sido escaso, me vanaglorio de que el mal ha sido mucho menor. Espero, por lo tanto, que al declinar mi vida, cada una de las aventuras que he corrido no me traerá más que recuerdos consoladores y agradables. Y ahora, mis queridos amigos, ¡que Dios os bendiga á todos!

Diciendo estas palabras, Mr. Pickwick llenó el vaso y lo llevó á sus labios con mano temblorosa; sus ojos se bañaron de lágrimas cuando sus amigos se levantaron simultáneamente para aprobar y aclamar su determinación desde el fondo de sus corazones.

Había poco que arreglar para el matrimonio de mister Snodgrass. Como no tenía padre ni madre, y había sido durante su menor edad pupilo de Mr. Pickwick, éste conocía perfectamente el estado de su fortuna. La cuenta que rindió á Mr. Wardle le satisfizo completamente, como después de todo le hubiera satisfecho cualquier otra cuenta, puesto que el buen viejo dió á Emilia una dote considerable, y habiéndose fijado el matrimonio para cuatro días después, el poco tiempo concedido para los preparativos hizo perder la cabeza á tres costureras y á un sastre.

Tres días antes, habiendo hecho poner caballos de posta á su carruaje, partió Mr. Wardle para ir á buscar á su madre en Dingley-Dell. La anciana señora, á quien comunicó las noticias con su acostumbrada impetuosidad, se desmayó por el momento; pero habiéndose reanimado en breve, dió las órdenes oportunas para el empaquetamiento de los objetos necesarios para su viaje. Se colocó lo primero su vestido de brocado y se puso á referir algunas circunstancias análogas que habían concurrido en la boda de la hija mayor de lady Follim-

glower. Este relato duró tres horas, y no se hallaba más que mediado después de haber transcurrido todo este tiempo.

Era necesario informar á mistress Trundle de los prodigiosos preparativos que se hacían en Londres, y como su situación era entonces muy interesante, le fué comunicada esta nueva por medio de Mr. Trundle, por miedo de que le causara una impresión demasiado fuerte. Pero no la impresionó lo más mínimo, porque escribió en seguida á Muggleton para que le hicieran un sombrero nuevo y un vestido de satin negro, manifestando además su intención de asistir á la ceremonia. Al oír mister Trundle estas palabras, envió á buscar al doctor. El doctor decidió que mistress Trundle debía saber mejor que nadie la disposición en que se sentía, á lo que mistress Trundle contestó que se sentía bastante fuerte para ir hasta Londres, y que iría. El doctor, que era un hombre hábil y prudente, sabía lo que era bueno para él mismo, igualmente que para sus enfermos y enfermas; su dictámen fué por lo tanto el de que si mistress Trundle permanecía en su casa, sufriría de tal manera que esto le causaría mayor mal y mucha más incomodidad que podría producirle el viaje, y que por tanto era necesario dejarla partir. Partió, en efecto, y el doctor tuvo la atención de enviarle una docena de pociones para beber dura te todo el camino. Como por adición á todos estos embarazos, había sido encargado Mr. Wardle de llevar dos cartitas para dos jóvenes que debían oficiar como señoritas, ó especie de damas de honor. Las dos señoritas, al saber tan importante noticia, se desesperaron de no tener qué ponerse ni tiempo para hacer nada en una ocasión semejante, circunstancia que no pareció afectar tan tristemente á los papás de las indicadas señoritas. Sin embargo, se arreglaron y ajustaron un poco los vestidos viejos, se fabricaron á la lijera sombreros nuevos, y las dos señoritas se pusieron tan presentables y lindas como era de esperar. Además, como lloraron en las circunstancias y lugares oportunos el día de la ceremonia, y como temblaron y se asustaron apropósito, todo el mundo convino en que habían desempeñado sus funciones admirablemente.

Cómo llegaron á Londres los dos parientes pobres, si fueron á pie, montaron detrás de los coches, treparon en carretas ó se llevaron mutuamente, no sabemos decirlo; pero el hecho fué que llegaron antes que Mr. Wardle, y fueron los primeros que llamaron á la puerta de mister Pickwick el día del matrimonio. Sus fisonomías se habían trocado en sonrisas y cuellos de camisas.

Fueron recibidos cordialmente, porque la pobreza ó

riqueza no tenían influencia sobre el noble corazón del filósofo.

En los nuevos criados era todo animación, todo vivacidad; Sam se hallaba en un estado sin igual de buen humor y María resplandeciente de belleza y de preciosas cintas de colores.

El novio, que habitaba la casa de Mr. Pickwick hacía dos ó tres días, salió galantemente para reunirse con la novia en la iglesia de Dulwich, acompañado de mister Pickwick, Ben Allen, Sawyer y Tupman. Sam iba en la parte exterior del coche, vestido con una brillante librea inventada expresamente para aquella ocasión, llevando en la botonadura cintas blancas, gaje de amor de la señora de sus pensamientos.

Aquella gozosa sociedad se reunió con los Wardle, los Winkle, la novia, las señoritas de honor y los Trundle; y cuando hubo terminado la ceremonia, todos los carruajes rodaron hacia la casa de Mr. Pickwick. El almuerzo y Mr. Perker los aguardaba en ella.

Allí acabaron de disiparse las pequeñas nubecillas de melancolía, engendradas por la solemnidad de la ceremonia. Todos los semblantes resplandecían con la alegría más pura, y no se oían más que cumplimientos y congratulaciones. El césped de delante de la casa, el jardín de atrás, el pequeño invernadero, el comedor, el salón, las alcobas, la sala de fumar, y sobre todo los gabinetes de estudio, con sus cuadros, sus acuarelas, sus cofres góticos, sus mesas extranjeras, sus libros sin número, sus grandes ventanas abiertas sobre un hermoso prado y una bella perspectiva, y en fin, las cortinas, los tapices, las sillerías, los sofás, todo era tan lindo, tan cómodo, tan sólido y de un gusto tan exquisito según lo que decía cada cual, que no había manera de decidir qué era lo que debía admirar más.

En medio de todo aquello, Mr. Pickwick permanecía de pie, y su fisonomía estaba radiante de sonrisas á las que no habría podido resistir ningún corazón de hombre, de mujer ni de niño. Parecía el más dichoso de todos los asistentes, apretaba á cada paso las manos de todos, y cuando las suyas no estaban tan ocupadas, las restregaba una contra otra con placer y una emoción indecibles. Se volvía hacia todas partes á cada nueva expresión de contento, de curiosidad ó de admiración, y encantaba á todo el mundo por su aire de regocijo y de bondad suprema.

Se anunció que estaba servido el desayuno.

Mr. Pickwick condujo á la cabecera de una gran mesa á la anciana madre de Mr. Wardle, tan elocuente como de costumbre sobre el asunto de Tollinglower; Mr. Ward

le se puso al otro extremo, los amigos se colocaron como pudieron y Sam tomó su puesto de honor detrás de la silla de su señor.

Las risas y las conversaciones se suspendieron por un momento; Mr. Pickwick después de haber dicho el *benedicite*, se detuvo un momento y paseó su mirada en torno suyo. Lágrimas de alegría corrieron por sus ojos al contemplar aquella reunión.

Vamos á despedirnos de nuestro amigo, en uno de esos momentos de alegría pura y sin mezcla de dolor alguno, que viene á embellecer de tiempo en tiempo nuestra pasajera existencia. Hay noches sombrías sobre la tierra, pero la alegre aurora parece aún más bella por el contraste. Ciertas personas, asemejándose á los buhos y á los murciélagos, tienen mejores ojos para las tinieblas que para la luz; nosotros, que no nos parecemos á ellos, sentimos un placer mucho más grande en echar una última mirada á los compañeros imaginarios de tantas horas de soledad, en un momento en que el relámpago de la felicidad los ilumina con sus claridades pasajeras.

Este es el destino de la mayor parte de los hombres, aún de los que no pasan del estío de la vida; adquirir en el mundo algunos amigos sinceros y perderlos, siguiendo las leyes de la Naturaleza. Este es también el destino de los novelistas, crearse amigos fantásticos y perderlos, siguiendo el curso del arte.

Pero no es este todo el infortunio de los últimos; se ven también obligados á dar además cuenta de sus amigos, después que los han perdido.

Para someternos á esta costumbre, evidentemente detestable, añadiremos aquí una corta noticia biográfica de la sociedad reunida en casa de Mr. Pickwick.

Mister y mistress Winkle, admitidos ya completamente á la gracia de Mr. Winkle *senior*, se hallaron pronto instalados, en una casa nueva, adificada á menos de una milla de la de Mr. Pickwick. Habiendo aceptado mister Winkle el cargo de corresponsal de su padre en la City, cambió su antiguo vestido por el que ordinariamente llevan los ingleses, y conservó ya en adelante el exterior de un cristiano civilizado.

Mister y mistress Snodgrass, se establecieron en Dingley-Dell, donde compraron y cultivaron una pequeña heredad, más bien para ocuparse en algo que para sacar producto de ella. Mr. Snodgrass manifestándose de vez

en cuando distraído y melancólico, conserva todavía entre sus amistades y conocimientos la reputación de gran poeta, aunque no sepamos que haya escrito nunca cosa alguna con que reanimar esta creencia. Conocemos muchos personajes célebres en la literatura, en la filosofía ó en los otros ramos del saber humano, cuya alta reputación no estaba basada en fundamentos más sólidos.

Cuando Mr. Pickwick se hubo establecido y fijado definitivamente, y después de haberse casado sus amigos, Mr. Tupman tomó un alojamiento en Richmond, donde ha venido residiendo desde entonces. En los días de verano se pasea constantemente por la playa con aire juvenil y juguetón, con el que es admirado por la numerosas ladys de cierta edad que habitan aquellos parajes en una virtuosa soledad. No ha arriesgado después, sin embargo, nuevas proposiciones.

MM. Bob Sawyer y Ben Allen, después de haber hecho bancarota, pasaron juntos á Bengala como cirujanos de las Indias. Han sufrido la fiebre amarilla catorce veces cada uno, resolviendo después de esto tratar de tener alguna abstinencia. Desde entonces les va bien.

Mistress Bardell continúa alquilando sus habitaciones á caballeros solos y agradables. Saca buenos provechos; pero no ataca ya á nadie por promesas de matrimonio. Sus aliados MM. Dodson y Fogg continúan aún en los negocios; se han hecho con grandes rentas y son considerados como los más hábiles entre todos los hábiles.

Sam Weller cumplió su palabra y permaneció dos años sin casarse; pero habiendo muerto al acabar este plazo la anciana ama de gobierno de Mr. Pickwick, elevó éste á María á dicha dignidad, con la condición de casarse en seguida con Sam, la que obedeció sin murmurar. Tenemos datos para suponer que esta unión no fué estéril, porque se ha visto muchas veces á los niños jugando á la reja del jardín.

Mr. Weller *senior* siguió conduciendo su carruaje durante un año todavía; pero habiendo sido atacado de la gota, se vió obligado á retirarse. Afortunadamente el contenido de su cartera había sido tan bien colocado por Mr. Pickwick, que pudo vivir muy á sus anchas en una excelente posada cerca de Shooter's Hill. Allí es reverenciado como un oráculo, se vanagloria de su intimidad con Mr. Pickwick y conserva su inestinguible aversión á las viudas.

El mismo Mr. Pickwick continúa residiendo en su nueva casa, y emplea sus horas de ocio, ora en poner en orden los recuerdos de que hizo presente al secretario del Club antes citado, ora en hacer que le lea Sam, cu-

yas observaciones no dejan nunca de procurarle mucho entretenimiento. Al principio le causaron trastorno las numerosas súplicas que le dirigieron Mr. Snodgrass, mister Winkle y Mr. Trundle para que sirviese de padrino á sus hijos; pero ya se ha habituado y lleva estas funciones como una cosa muy sencilla y con toda regularidad.

No ha tenido nunca motivo para arrepentirse de sus bondades con Jingle y con Job Trotter, porque estos dos personajes han llevado á ser, con el tiempo, miembros respetables de la sociedad. Sin embargo, han rehusado siempre volver al teatro de sus antiguas tentaciones y de sus primeras caídas.

Mr. Pickwick está ya un poco achacoso, pero su alma es siempre joven. Se le puede ver todavía ocupado frecuentemente en contemplar los cuadros de la galería de Dulwich, ó en los días buenos, dar un agradable paseo por los contornos. Es conocido de toda la gente pobre de las inmediaciones, que no dejan jamás de quitarse el sombrero con respeto cuando pasa. Los niños le idolatran, y mejor sería decir que todos los vecinos lo hacen.

Todos los años asiste á una gran reunión de familia, en casa de Mr. Wardle, y en esta ocasión, como en todas las demás, es invariablemente acompañado por su fiel Sam: porque existe entre el amo y su servidor una unión tan recíproca y sólida, que sólo la muerte podrá romperla.

FIN



